

Leda abraza el largo cuello del cisne que lanza el agua por el pico. El jardín está dedicado a Francisco de Sagarzazu, como lo indica una lápida.

Ahí mismo, en la calle que corre paralela a la Alameda, los árboles son cerezos japoneses. Cuando están en flor su belleza es tanta que prefiero que lo vean a que yo se lo cuente.

El primer cinematógrafo

También en época temprana tuvo Hondarribia su cinematógrafo. Cine mudo, claro está, sonorizado tan sólo por la actuación de un pianista que subrayaba con su arte los momentos de mayor interés.

Y lo recuerdo ahora aquí, porque aquel cine, que era un gran barracón, en el que se daban tres sesiones semanales, estaba montado donde hoy se halla el parque de Madrid, —más o menos, ya que entonces no existía la carretera actual—. Eran terrenos del casino, del que hablaremos después, e infiero que el negocio de proyecciones también era propiedad de la casa de juego.

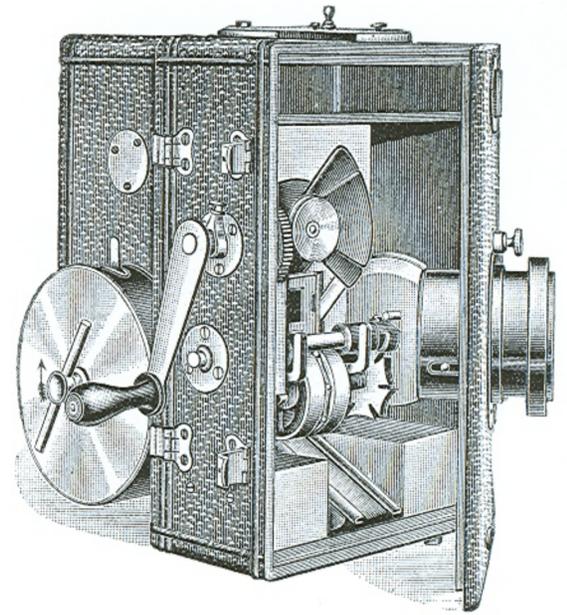
Todos hemos visto, como moderna publicidad, paneles en cuña, con tablero a dos vertientes que, montados en un coche o arrastrados por un vehículo, recorren las ciudades anunciando productos, convocando a festivales deportivos o expandiendo eslóganes políticos. Bien; pues no crean ustedes que el invento es tan moderno.

El primitivo cine, al que me estoy refiriendo, ya hacía la publicidad de la forma indicada. El tablero a dos vertientes con los títulos de las películas, artistas y horario, era colocado a lomos de un burro que recorría la ciudad, parándose en los lugares de aglomeración, para que lo leyeran los posibles clientes. El jumento, que era negro, se llamaba Nana y lo conducía Luis Ortiz.

Puerta, baluarte y casino

Bordeando el parque de los Cisnes y ascendiendo una pequeña pendiente —conviene mirar también al parque de los Cisnes según vamos subiendo— llegamos al jardín del Casino Zaharra. Todo lo que ocupa el jardín era, en tiempos, el baluarte de San Felipe, llamado así en honor de Felipe II, que lo mandó construir. Por cierto, que para construir este baluarte hubo que derribar la Casa-Lonja y rehacerla en el Puntal.

Dejando correr la imaginación veremos que cuando el baluarte no existía, el agua llegaba a la muralla que se halla al pie de la llamada Casa del Obispo, cuya fachada trasera está a la vista. Un gran trozo de ese lienzo de muralla cayó en 1572 y a la hora de tratar de reconstruirla se pensó levantar el nuevo baluarte. Y como tal defensa se utilizó durante siglos. Pero con el tiempo, las formas de hacer la guerra cambiaron y ese baluarte, como otras partes de las murallas, quedaron





Casino Zaharra. El viejo casino es hoy centro de reunión de nuestros mayores.

inservibles para lo que fueron hechas. No valdrían para la guerra pero, en la paz, se habían convertido en magníficos solares, amplios y con envidiables vistas. Y este baluarte, de San Felipe, fue comprado, en 1872, por Miguel M. de Artazcor que, a la sazón, era gobernador civil de Gipuzkoa y diputado a Cortes. Pero por poco tiempo, pues dos años más tarde pasó a manos de monsieur Émile Depressoir, emprendedor y hábil negociante quien, en 1874, montó un casino de juego, que constituyó un fabuloso negocio, que se explica sobre todo porque en aquel momento, el juego estaba prohibido en Francia, Italia y Alemania y porque M. Depressoir fue a montar la ruleta a la puerta misma de Francia. Trenes llenos de aficionados al juego llegaban, de todas partes, a Hendaya, pasaban la ría en barca y desembarcaban en el muelle junto a la Alameda. Apuraban las horas en las salas de juego y volvían a tomar las barcas que les llevaban de nuevo a Hendaya y al último tren.

Victoriano Juaristi –Víctor Iván– escribió una curiosa novela en torno a este casino titulada *Costa de Plata*. Tras sucesivas compras y ventas, la finca es actualmente de propiedad municipal, el jardín es público y el edificio, sede de la asociación de jubilados.

Y estamos ya ante la Puerta de Santa María, principal entrada a la ciudad y que conduce al Ayuntamiento, la iglesia y el castillo. Sobre el arco, el escudo coronado de la ciudad que estuvo en el convento de capu-



chinos desde 1694, fecha en que fue construido como puede verse y que está ahí desde 1879. Sobre el escudo, la Virgen de Guadalupe con dos ángeles a sus pies; y rematando el conjunto, un reloj de sol. El arco es el resto de todo un complejo de acceso y salida que ocupaba un gran espacio, hasta el final, abajo, de esta calle. Consistía en cuerpo de guardia exterior, puente levadizo, puerta de Santa María propiamente dicha que tenía sobre ella otro cuerpo de guardia con balcón y campana en la parte posterior. Una puerta pequeña. El arco que ahora vemos, la capilla que duró hasta el siglo XVIII y una torre cuya parte superior fue cárcel municipal y que, al fin, daba acceso a la Calle Mayor. A la izquierda, el resto de un cubo defensivo y de un aljibe de agua potable. Si nos acercamos a contemplar las piedras del arco y las huellas dejadas por el tiempo, veremos además de rozaduras de vehículos, los goznes de la puerta que impedía el acceso. La Puerta es especialmente entrañable para los hondarribiarras. Todos hemos pasado por ella. ¿Quizá falta usted? Pásela. Merece la pena.

